



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Damián un camino espiritual

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

BEATO DAMIÁN DE VEUSTER, UN CAMINO

[Breve intento de adentrarse en su misterio]

Los fieles cristianos, y casi todo el mundo, le han conocido durante muchos años como "Padre Damián", "Apóstol de los leprosos", "Mártir de la Caridad". Desde el día 4 de Junio de 1995, festividad de Pentecostés, ha recibido en la Iglesia un nombre que los resume todos, "*Beato Damián de Molokai*". En esta fiesta, que puso en pie a la Iglesia para cumplir el mandato de Jesús: "*Id por el mundo entero pregonando la buena noticia a toda la humanidad*" (Mc. 16,15), el Papa Juan Pablo II beatificó a este singular misionero en Bruselas, la capital de su país, en la explanada frente a la basílica votiva del Sagrado Corazón en Koeckelberg. La basílica ya se adornaba con una gran vidriera dedicada al "Padre Damián". Este día, dando la vuelta por su exterior saludando a la multitud, desde el 'papamóvil' detenido en ese momento, el Papa oró ante el nuevo monumento en piedra y bronce que desde entonces conmemora allí el amor del que dio la vida por sus amigos (Jn. 15,13), a quienes habló siempre con su "nosotros, leprosos". En primera fila con el pueblo, se encontraba la Madre Teresa de Calcuta. Ella había escrito por dos veces al Papa para pedirle la beatificación del "Padre Damián": "*Santo Padre, nuestros enfermos de lepra y todos en el mundo entero os piden un favor, un Santo, un Mártir del mayor amor y para nosotros los religiosos un hermano ejemplo de la mayor obediencia....*"

1.- Se llamaba José de Veuster, desde que un 3 de Enero de 1840, en el Brabante flamenco, en la granja de Ninde, caserío del pueblo de Trémelo, naciera de mañana entre nieves y fue bautizado por la tarde en la parroquia de Trémelo. Entre ocho hermanos, al morir la pequeña prematuramente, quedó como benjamín, y se convirtió en la niña de los ojos de su madre y más tarde en la admiración de su padre. "*Mi Jef era el más bueno de todos*", decía la madre. Fue un niño feliz, juguetón, a veces reservado, como buen campesino. Terminada la escuela primaria a los doce años, ya valía para la granja. Sólido, con una fuerza poco común, a los quince años levantaba un saco de cien kilos. "*Además de eso, hábil e inteligente como cuatro*", decía su padre. Sus progenitores concentran la imagen de su José: corazón compasivo,

brillante imaginación, fortaleza física, ferviente religiosidad. Su primera marca de identidad. Alma amasada de hierro y de cristal, de coraje y de compasión. En el ambiente del hogar van brotando en su corazón las primeras y profundas verdades religiosas con las que dará razón de su fe a través de todos los acontecimientos de su vida: el mundo es un lugar de destierro que espera la patria feliz del cielo, cuanto antes llegue mejor; el gran problema de la vida es alcanzar la salvación, manteniendo la perseverancia hasta el fin, en el camino que Dios quiere para cada uno y que ha de encontrar y seguir para cumplir su santa voluntad; cuanto sucede está en manos de la Providencia, porque "lo que Dios hace, siempre está bien", solo Él lo sabe y todo es efecto de su amor; sus mandamientos y los de la Iglesia marcan la ruta, en la que nos ayudan la Virgen y los santos, de los que cada noche oye a su madre leer su vida. Hay que amar a los pobres. Cada lunes, día de las limosnas, su madre tenía ya colocados, en el alféizar interior de la ventana, los montoncitos de monedas que había de repartir a cada uno. No solo los iba entregando, conforme llegaban, sino que charlaba con ellos. Todo cuanto después vaya añadiendo el tiempo, quedará colgado en esta columna inmovible, que aparecerá continuamente hasta el fin de su vida, sobretodo en los momentos más dolorosos. .

Decíamos que fue un niño y un joven feliz. Con qué nostalgia lo recordaba más tarde a su hermano, desde su primer puesto de misión en Puna, en la isla grande de Hawaii: *"¿Cómo podría expresarte el afecto de mi corazón por ti? ¿Dónde están los tiempos felices en que vivíamos bajo la tutela de nuestros padres y de nuestros superiores? Aquellos años en que íbamos juntos a la escuela de Wechter y a la universidad de Lovaina. Ya pasó el tiempo feliz de la infancia y de la juventud"* (1866) Ya ha abierto la puerta de su futuro al nombrar la "Universidad de Lovaina". En Lovaina, a quince kilómetros de su granja, comienza la primera gran etapa de su vida religiosa-misionera, arco que se cierra y da paso a su estancia en Molokai, la "isla maldita", tan bendita para él, tal como la ve desde los ojos de Dios. Esta primera explica la de Molokai, pero de ella solo podemos ofrecer un simple esquema, por limitaciones de espacio.

2.-Damián fue un religioso de la Congregación de los Sagrados Corazones. Ésta había nacido en Poitiers en 1800, fundada por José María Coudrin y Enriqueta Aymer, un campesino y una aristócrata. La comunidad de Lovaina fue creada en 1840, tres años después de la muerte del Fundador y el año del nacimiento de José. Era en realidad un Seminario de Misiones, una punta de lanza hacia la Europa de Bélgica, Holanda, Alemania, campo de posibles vocaciones. De allí salía en buen número de nuevos religiosos hacia el Pacífico, donde la Congregación tenía sus avanzadillas desde 1827, entre ellas las islas Hawaii, entonces Sándwich y enseguida las de la Polinesia francesa.. Por este año de 1858, José ha sido enviado a la región francófona de Walonia, para estudiar francés. Tiene 18 años y su padre quiere prepararle para comerciante de granos, como él lo es, además de agricultor. Dos hermanas mayores son religiosas ursulinas en un convento de Holanda. Su hermano Augusto, después de sus primeros estudios en el seminario menor de Malinas, acababa de ingresar en la Congregación, iniciándose como novicio, el hermano Pánfilo,

que será el mentor y tantas veces refugio de su hermano menor. Con estos materiales comienza la Providencia, como diría José, a realizar su obra. Pasa a su lado en una misión popular que predicaban los Padres Redentoristas en Braine-le-Comte, donde estudia, y llega al convencimiento de que todos sus sueños gozosos hasta ahora, habían llegado a su fin. Se le vinieron por tierra todos sus planes. Hablando los hermanos, Pánfilo le convence de que su lugar está en su Congregación. La deficiente formación escolar de José, le vetó en un principio el camino hacia el sacerdocio. Fue admitido al noviciado el 2 de Febrero de 1859 como "hermano de coro" y con el nombre de Damián. Los latines indispensables se le convierten en un muro. Pero su hermano Augusto emplaza al Superior con seis meses de prueba. Conocía bien a su hermano y comenzó a enseñarle los latines. José se rompe la cabeza y logra conseguirlo. Un compañero los continuó. A los seis meses el superior quedó convencido de que era un buen candidato al sacerdocio. Segundo viraje en su vida, con situaciones así de extrañas.

Volvió a suceder con su marcha como misionero a las islas Sandwich. Nadie hubiera apostado un ochavo por él. Primero porque ya habían designado a su hermano Augusto (Pánfilo), recién ordenado sacerdote. Además porque él solo tenía cursados dos años de estudios de teología. Pero su hermano cayó enfermo de tifus cuando estaban para partir. Él le dijo que pediría a París su relevo y el Superior General, que le conocía personalmente, se lo concedió. Otra "locura" de Dios.

3.-Ya ha atravesado la distancia hasta las islas, a punto de naufragar en el Cabo de Hornos, con varios días a la deriva, en un viaje de cinco meses sin escalas. Llegó a Honolulu el día de San José, su santo patrón. Tenía 24 años. *"Ya soy sacerdote, escribía a su familia después de ser ordenado dos meses más tarde, rezad día y noche por mí"*, dice emocionado y asustado. Su primer destino fue la isla grande de Hawaii, en el extremo este, donde le advierte su obispo: *"Piense que hace ya ocho años que no han visto a un sacerdote"*. Tierra de lavas y maremotos, con el terrible volcán Kilauea al lado. Sube a uno de los cráteres en cuyo fondo hierve roja la lava. Al cabo de un año cambia con su compañero de viaje, más débil, su distrito de Puna por el mucho mayor de Kohala-Amakua en el noreste. Allí se brega como misionero durante ocho años. A quien le pregunta dónde vive, le señala la silla de su caballo: *"Esta es mi casa"*. Con el tiempo empieza a ver algunos leprosos entre sus fieles y su caza organizada para llevarlos a Molokai. Evangelio y catequistas, nuevas capillas de madera y caminatas interminables. Pero sobretodo ha aprendido a conocer y amar a sus cristianos tal como son. Por variados caminos llega a ser él mismo un hawaiano más. Esta identificación nos ayuda a entender su vida misionera.

Ya tiene 33 años en 1873, con nueve años de misionero a las espaldas. El obispo ha convocado a los misioneros en Vailuku, capital de la cercana isla de Maui, donde va a inaugurar una hermosa iglesia. Lleva en su corazón de pastor responsable la preocupación por la precaria asistencia religiosa a los leprosos de Molokai. Los cuatro más jóvenes proponen cubrir el año por turnos de tres

meses. Damián siente de nuevo a Dios a su lado. Se adelanta y pide para él el primer turno. Intempestivo sí, pero no tanto.

En Kohala ya se rozaba con algunos leprosos y veía cómo les cazaban. No podía alejar de su mente el recuerdo de las pobres gentes de Molokai: *"No puedo atribuir mas que a la voz de Dios un presentimiento inequívoco de que pronto me reuniría con ellos en la leprosería... Al decirles en broma que muy pronto iría a Molokai, se apoderó de ellos una turbadora emoción"*. Y sigue hablando de sí mismo y ahora de una voz: *"Finalmente, al partir de Kohala para ir a la bendición de la bella iglesia del P. Leonor, en el momento de montar a caballo, escuche una voz interior diciéndome que no volvería a ver ya nunca a mis queridos cristianos ni mis cuatro hermosas capillas. Por el amor que los tenía, fue llorando como eché una última mirada sobre mi querida cristiandad de Kohala"* (Al Sup. General, Agosto 1873). Al final, en la misma carta, descubre el sentimiento que le latía, el que explica su 'presentimiento' y 'la voz': *"los pobres cristianos, la mitad moribundos, daban grandes gritos queriendo tener un sacerdote con ellos. Así, durante siete años muchos de estos desgraciados han muerto sin recibir el bautismo o los sacramentos de los moribundos que habrían deseado tener"*.

Con la misma fecha, escribe otra carta semejante a su hermano Pánfilo, donde afirma la razón última de su tan importante decisión: *"Por haber estado postrado bajo el paño mortuorio el día de mis votos, he considerado que era mi deber ofrecerme a su Excelencia, que no tenía la crueldad (como así lo expresaba) de ordenar una sacrificio semejante"*. Damián nos manifiesta el valor que daba a sus compromisos y hasta dónde llegaba su influencia permanente en su vida. Entre todo el rito, símbolo de muerte y resurrección, como prolongación radical que era de las exigencias del bautismo, se fija, dada la circunstancia, en su valor de 'muerte'. Quien ya en vida ha muerto con Cristo, ¿qué temor ha de tener a enfrentarse con ella?. Lo entendemos, pero nos asombra. La misma fórmula de los votos, como consagración a los Sagrados Corazones, se expresa con un "a cuyo servicio quiero vivir y morir". No se trata tan solo de una fidelidad permanente hasta la muerte, sino aún más de un enfrentamiento a ella, dónde y cuando se presente. La fórmula lleva semillas de martirio.

4.-El 10 de Mayo de 1873, a las cinco de la mañana y acompañado de su obispo, viajando sobre cubierta toda la noche en el vapor que llevaba cincuenta leprosos, entran en la leprosería de Molokai, "cárcel del Estado", como él la llama. Molokai ofrece por su lado norte un aspecto impresionante a todo lo largo de la recta de su altas montañas, los *pali* que caen a pico sobre las aguas. El lugar de la leprosería es una pequeña lengua de tierra pegada en el centro de esta costa, que se adentra en el océano, cerrada en los costados por sus aguas y a la espalda por los acantilados de hasta quinientos metros. En la costa este, Kalawao, el Estado había comprado en 1865, un tercio de la península como terreno para residencia de los leprosos. En la costa oeste, Kalaupapa, donde había algo parecido a un embarcadero, al llegar el primer contingente de leprosos el día 6 de enero de 1866, solo la habitaban algunos pocos nativos. Era un lugar más sano y poco a poco se fue llenando de casas

de enfermos. Damián con su obispo se dirigió a la bahía opuesta, Kalawao, donde estaban los enfermos, donde él llegaba para tres meses y las circunstancias hicieron que se quedara dieciséis años, los cuatro últimos leproso. Él mismo resume la situación: *"El obispo recibía parabienes de la alta sociedad a su vuelta a Honolulu por haber sacrificado a uno de sus sacerdotes para consolar a los pobres desechados de la sociedad. La prensa aireaba sus elogios... Una colecta reunió 600 francos para el cuidado del misionero. Una petición de no sé cuántos leprosos y otras graves razones le determinaron al fin a dejarme en Molokai definitivamente. ¡Adios, mi querido Kohala!"*. Damián se encuentra ante un panorama desolador. Solo ha traído su breviario y su cruz. Pide y le va llegando lo indispensable. Un árbol *pandano*, con sus raíces al aire, le cobija una semana, como a los bichitos que allí se refugiaban. La capilla le da respeto, la choza de un leproso le da miedo. En su entorno una degradación moral de muchos y la miseria física de todos. Hay enfermos que le conocen desde Kohala y un buen grupo de cristianos, pero todo tenía tintes de sociedad entregada en manos de la desesperación: *"Aquí no hay ley"*, decía un letrado y corría la voz. Damián logró imponer un gran control, nunca total en realidad, en aquella miseria de bacanales, donde ahogaban sus tristezas con un fuerte alcohol que destilaban para provocar sus danzas lascivas. Ya en el terreno de lo inhumano, los más poderosos explotaban a los más débiles y pequeños, a las chicas y también a los niños, hasta que ya inservibles, quedaban abandonados tras una tapia esperando la muerte. Nada le dolió tanto como esto a Damián, para quienes creó su famoso orfanato, que fue su encanto y felicidad. Nunca había tenido un médico o enfermero residente en el lazareto. En un pabellón que llamaban "hospital", yacían los casos más desesperados, bajo una manta que daba miedo levantar. Una carretilla arroja al basurero un bulto atado entre trapos del que salen leves gemidos. Era el destino de los más pobres.

Damián recorre cada día las chozas buscando a los cristianos que ya no pueden valerse. Más tarde creará un grupo de visitantes, un enfermo que consuela a otro, que a la vez le mantienen al tanto de los casos más irremediables. Va conociendo lo que significa confesar a un moribundo, con una voz de ronquido ininteligible, por lo que ha de pegarse a su boca. Lo que allí ve y huele le trastorna el cerebro, de modo que al salir, alguna vez, camina dando tumbos. Tendrá que recargar su pipa para envolverse en una nube de humo protector. Al fin acabará acostumbrándose. En esta gran labor diaria, junto a los santos oleos de los moribundos, lleva los frascos de medicinas y calmantes en los bolsos de su sotana. Poco a poco va entendiendo mejor lo de ser médico y enfermero.

5.-Habría que hacer un diseño de lo que supusieron sus obras, las que son amores. Todas están contenidas en el *Informe sobre la leprosería* que escribió en 1886 a petición del Presidente del Gobierno, M. W. Gibson, que a su vez lo era del Comité de Salud, responsable de la leprosería. A los trece años de presencia en Molokai, ahora ya enfermo, algo debió hacer y algo debía saber, cuando se le pide este informe que nadie más que él puede escribir. No habla de lo que él ha realizado, porque no quiere mezclarse en el Informe, sino cuál ha sido la historia de los acontecimientos y cuáles las necesidades que se han

cubierto y las que quedan por atajar. Pero se le intuye mezclado en todos los asuntos: la mejora de la alimentación, el aumento de las telas y ropas contra el frío, del que tanto sufrían, la de la falta de agua y sus conducciones, la de las viviendas, la del trabajo de cultivos, para que los comprara el Estado y corriera el dinero en la leprosería; la carretera entre Kalawao y Kalaupapa, cinco kilómetros, que aún hoy se sigue llamando 'carretera del P. Damián'; el nuevo embarcadero más accesible, dinamitando los acantilados; las distracciones, como las cabalgatas que tanto amaban, con las famosas bandas de música y la coral de mayores y niños; la del cuidado de los enfermos, de los niños y niñas huérfanos... con todos los detalles que todo esto comportaba. Solo dice algo de sí mismo cuando concentra en una frase escueta el estilo de su comportamiento: *"Una gran bondad con todos, una tierna caridad con los necesitados, una dulce compasión con los enfermos y moribundos, con una sólida instrucción de mis oyentes, tal ha sido el proceder permanente de que me he servido para introducir las buenas costumbres entre los leprosos"*.

En un lugar semejante donde estaban apartadas y aparcadas personas humanas, sin otra espera ni esperanza que la llegada de la muerte, no extraña que esta situación concreta conmoviera el corazón de Damián. Con variaciones muy acusadas tanto en las entradas como en los fallecimientos anuales, en los dieciséis años de estancia de Damián, ingresaron 3137 enfermos y fallecieron 2312. Era el reino de la muerte. Damián vio desaparecer tres generaciones. Nadie era enterrado sin ataúd, porque a los más pobres se lo fabricaba él, aunque no parece que, pasados los primeros años, fueran muchos los que estuvieron en tal estado. Vivir entre cortejos fúnebres permanentes, o embrutecía el alma o la volvía insensible, las dos opciones inhumanas. Así que Damián promocionó la creación de cofradías de entierros, con uniformes, bandas de música, grandes banderas multicolores y desapareció de Molokai la señora negra de la guadaña, cetro de su reino. Ser enterrado en Molokai era una fiesta y, según los cálculos, casi permanente.

6.- Esta fue una de las dos caras de su trabajo, porque lo que él es ante todo, y lo expresa con meridiana claridad, es ser sacerdote. Y su 'ser sacerdote' lo reduce sin equívocos al de ser la viva imagen de Jesucristo entre los enfermos, en definitiva el puente de unión que va de Dios a los hombres y de los hombres a Dios. Leamos este texto de 1873, a los tres meses de su entrada en la leprosería (alusión a Lc. 17, 11-19): *"Están rescatados a precio de la sangre de nuestro Divino Salvador. También Él en su divina caridad consoló a los leprosos. Si no puedo curarlos como Él, al menos puedo consolarlos y por el Santo ministerio que en su bondad me ha confiado, espero que muchos de ellos, purificados de la lepra del alma, irán a presentarse ante su tribunal de modo que puedan entrar en la comunidad de los bienaventurados"*. ¿Se puede hacer mejor exégesis evangélica? Las consecuencias fueron las que podemos llamar sus 'realizaciones espirituales'. Pasan por su corazón antes de enfrentarlas, porque cada mañana, el amanecer, le encuentra en la capilla durante su media hora de meditación, seguida de la celebración de la Eucaristía y ésta continuada en la media hora de Adoración. Es lo que ha aprendido desde novicio en su Congregación, algo 'despistado' de ello en su anterior etapa de misionero, cuando ninguna de sus capillas conservaba la

presencia permanente del Santísimo, porque ninguna era residencia fija. Providencialmente su encierro en Molokai le va a descubrir a su Señor eucaristizado, misteriosamente encerrado con los leprosos, siendo también uno de ellos para que nadie se sienta abandonado, tampoco él mismo en su soledad: *"No sé bien en qué va acabar todo esto. Me resigno sin embargo a la divina Providencia y encuentro mi consuelo en mi único compañero que no me abandona, quiero decir nuestro divino Salvador en la santa eucaristía. Al pie del altar es donde me confieso a menudo y allí busco el alivio a las penas interiores. Delante de él, así como ante la estatua de nuestra santa Madre, oro a veces con murmullos, suplicando la conservación de mi salud"* (26.11.1885). La presencia del Jesús cercano en su iglesia vecina, le hace sentirse cada día más próximo y semejante al Jesús en su misterio eucarístico, sacrificio de cuerpo entregado y sangre derramada por todos, a la vez que presencia permanente y acogedora del Amor que llegó al extremo de tener su Corazón traspasado en la Cruz. A Él se debe el sacrificio y presencia de Damián entre su pueblo sufriente.

Nos lo confirma el texto de mayo de 1886, cuando el avance de la enfermedad le causa "miedos" y así se lo confiesa a quien fue su compañero en la leprosería durante un tiempo (1880-1883): *"Después de haber perdido en usted un buen compañero en esta triste leprosería, no he vuelto a tener mas que de paso la visita de un hermano cada dos o tres meses. La terrible enfermedad hace progresos espantosos y amenaza con dejarme irregular y quizás incapacitado para celebrar la santa misa, y no teniendo otro sacerdote, me veré privado de la santa comunión y del Santísimo Sacramento (sacrificio y presencia) Esta privación es lo que más me costaría y me haría insostenible mi situación. No serán la enfermedad y los sufrimientos los que me descorazonarán, a buen seguro. Hasta el momento me siento feliz y contento y si se me diera la posibilidad de salir de aquí curado, respondería sin dudarlo: 'Me quedo para toda la vida con mis leprosos'".* El miedo le proviene del destrozo que va observando en sus manos (2.2.1888) . Tiene tan ligado el destino de su vida, ya enfermo, al de los leprosos, que no puede concebir otra cosa. Si su enfermedad es un regalo de la Providencia, lo serán también sus consecuencias, por descontado: *"Puesto que no pido otra cosa que permanecer y morir en Kalawao, leproso o no, 'déjenme continuar mi carrera hasta el fin' (cfr. He. 20,40). Por la demás estoy contento y feliz y no me quejo de nadie. Esperando a mi confesor, me confieso de vez en cuando ante el Santo Sacramento"* (30.12.1886) Nuevamente su permanencia unida a la del Santo Sacramento. En este caso, no solo para su "consuelo" sino por su problema de la confesión en su soledad, grave situación, que fue su mayor tormento en Molokai, como anotaremos después.

7.-Por eso, su vida eucarística, para lo que vive y por lo que vive, lo regala a sus pobres enfermos. Un texto para leerlo de rodillas, noticia consoladora para su Superior General: *"Hemos establecido la Adoración perpetua en nuestras dos iglesias de la leprosería. Es bastante difícil mantener las horas regulares, a causa de las enfermedades de los miembros de la Adoración. Si no pueden venir a hacer su media hora de adoración en la iglesia, a menudo me siento edificado al verles en adoración, durante su hora fijada, acostados sobre su*

esterilla del dolor en sus miserables chozas. Espero que nuestros hermanos y hermanas de nuestra querida Congregación no se enfadarán....” (4.2.1879) Por otro lado, no deja de ser curioso que sea un pastor anglicano, el Rev. H. B. Chapman, rector de la parroquia de San Lucas en Camberwell, barrio deprimido de Londres, quien al tener referencias de la situación de Damián, se conmueve por sus necesidades y se convierte en su gran bienhechor a través de la prensa de Londres. Pudo así enviarle sumas considerables, religando la caridad al misterio de la Eucaristía. Le dice en una carta (4.2.1886): *“Me habéis enseñado mucho más con la historia de vuestra vida, que todos los comentarios que hasta hoy he leído, y el Santo Sacramento tiene más valor para mí después de que he leído la historia de un leproso voluntario”*. Convierte así a Damián en imagen viviente de la Palabra de Dios y del Amor que entrega la vida, es decir, en imagen viviente de nuestro Señor Jesús. A esta carta y a otra posterior, Damián responde centrada su vida en la Eucaristía: *“Como dice en su carta, el Santísimo Sacramento es realmente en todos nosotros, para mí como para usted, el estímulo que empuja a renunciar a todas las ambiciones del mundo. Sin la presencia continua de nuestro divino Maestro en el altar de mis pobres capillas, jamás hubiera podido perseverar compartiendo mi destino con los leprosos de Molokai... Por ser la Santa Comunión el pan de todos los días para el sacerdote, me siento feliz, bien contento y resignado en el ambiente un tanto excepcional en que la divina Providencia se ha complacido colocarme”*. (26.8.1886).

Otro texto lo resume y enriquece todo, relacionando la enfermedad con la Eucaristía, Sacrificio y Presencia, texto dirigido a su hermano: *“Hasta ahora la enfermedad no ha deformado mis manos y continúo diciendo todos los días la santa Misa. Este privilegio es mi mayor consuelo, para mí tanto como para la felicidad de mis numerosos compañeros de miseria, que todos los domingos llenan mis dos iglesias, en las que reservo perpetuamente el Santísimo Sacramento”* (9.11.1887)

8.-Su relación con el Santo Sacramento en su capilla, decíamos, guarda una íntima relación con el Sacramento de la Reconciliación. Tomamos tan solo dos muestras, de lo que fue un problema permanente. Al medio año tras la manifestación de su enfermedad, le comunica a su obispo: *“A medida que la enfermedad avanza, me encuentro feliz y contento en Kalawao. El verme privado de un buen confesor, tan deseado en ciertos momentos, me resulta más penoso que todo lo demás. Vos lo sabéis, el párroco de Kalawao no está aún confirmado en gracia, a pesar de los pomposos títulos que se le han concedido. Interceded, os ruego, ante el Señor para que me conceda este favor”*. (29.10.1885). Es imposible penetrar en la amplitud y profundidad de lo que podía significar para Damián ya leproso el afirmar “me resulta más penoso que todo lo demás”. Al hablar del pomposo título, se refiere a la condecoración concedida por la Regente del reino de Hawaii, tras la visita que hizo a la leprosería en ausencia de su hermano el rey Kalakaua: se trata de la condecoración como Caballero Comendador de la Real Orden de Kalakaua, en 1881. Además de su diploma real acreditativo, la Regente Liliuokalani le envió adjunta una carta personal, que contiene uno de los más bellos elogios que se hayan hecho a Damián.

Un año después, el 30 de diciembre de 1885, Damián parece sufrir una situación extrema en este mismo sentido. Abre su corazón al P. Janvier Weiler, Secretario General de la Congregación en París, que goza de su amistad, y le presenta, entre otros este problema. De los cálculos de su narración, se desprende que Damián está en julio en Honolulu, confinado en el hospital para leprosos de Kakahako, al que ha llegado porque *"me escapé casi en contra de la obediencia debida a mi superior religioso"* (el superior provincial). Dice que allí *"tuve el consuelo de confesarme con monseñor"*, su obispo Mons. Koeckemann. En la misma semana volvió a Molokai. A comienzos de octubre (tres meses después) llegó de paso el P. Columbano a confesarle, y cuando escribe (a los tres meses) aún no ha vuelto a aparecer nadie. Esta es la ración que le suministran. Y añade: *"No teniendo ya libertad para viajar fuera del establecimiento, me siento imposibilitado para ir a visitar a otros hermanos y no puedo hacer otra cosa que esperar con paciencia la llegada de un sacerdote para confesarme. Rece y haga rezar por mí, para que Dios se digne confirmarme en gracia, como en otro tiempo lo estuvieron los apóstoles. ¡Ah!, yo que soy un pobre pecador. Este alejamiento de todo hermano de nuestra querida Congregación, es lo que me resulta más penoso que la enfermedad de la lepra"* (30.12.1886) Todo esto no puede deberse más que a una delicada conciencia moral de Damián, efecto probable de la imagen, desde su infancia, de un Dios exigente y castigador, delicadeza que se oculta a veces bajo su áspero ropaje de fortaleza física y de sus repentinas y bruscas reacciones temperamentales, que no impedían sin embargo el atractivo que ejercía el porte que suscitaba su figura, como sucedió, por ejemplo, son Stoddard y Clifford. Pero de lo que no hay duda es del sufrimiento que esto le causó en su vida de misionero, que no tuvo medida. Pero forma parte de su grandeza humana, poco común, el efecto positivo que de ellos sacó para su vida espiritual.

Podemos aventurar que sin las circunstancias de su vida que venimos enumerando, ya vividas en la isla de Hawaii, ahora concentradas y aumentadas en este pequeño territorio de la leprosería, con sus intentos por crear una sociedad humana en medio de tanta miseria y tanto dolor, con su atención compasiva a los confinados por la sociedad entre las rejas del mar y de las montañas, con sus otras situaciones personales, no se habría acabado de moldear la imagen de *"Damián de Molokai"*. Lo que talló esta piedra preciosa fue el diamante duro y valioso de su enfermedad, porque fue la que hizo florecer y manifestarse lo que Damián llevaba dentro. No podemos traer aquí una masa de textos, pero sí aportar algo significativo que sobre ella escribió. A su hermano, en quien siempre vuelca su corazón, al enterarse de que los diarios belgas han dado la falsa noticia de su muerte, le escribe un texto que parece condensar todo su pensamiento: *"Desgraciadamente, Dios todo poderoso todavía no me ha sacado fuera de este desdichado lugar y aún sigo aquí, aunque inútil, cumpliendo mi tarea diaria como de costumbre, no sé por cuántos años más. Al Señor le ha parecido bien confiarme el cuidado del bienestar espiritual de los infortunados leprosos desterrados en Molokai. Como ya sabes, hace tiempo que la divina Providencia me escogió para convertirme en víctima de esta nuestra repugnante enfermedad. Espero permanecer eternamente agradecido a Dios por este favor. Me parece que*

esta enfermedad abreviará un poco y hasta hará más estrecho el camino que me conducirá a nuestra querida patria.. En esta esperanza he aceptado esta enfermedad como mi cruz especial; trato de llevarla como Simón Cireneo, siguiendo las huellas de nuestro divino Maestro. Te ruego me ayudes con tus oraciones, para que obtengan la fuerza de la perseverancia, hasta que llegue a la cima del calvario” (9.11.1887) Ahí se contienen las grandes verdades que constituyen la roca de su fe. Siempre serán sus textos variaciones sobre el mismo tema. Ni le falta tampoco el humor cuando la enfermedad se agrava: “Pronto, espero, todo estará bien cuando me encuentre bajo la manta verde” (3.10.1888) Se refiere a la hierba del cementerio. En el fondo todo se concentra en la oración que viene rezando desde tiempos lejanos: “Dios sabe lo que más puede contribuir a mi santificación y con este convencimiento digo todos los días: ‘Hágase tu voluntad’” (28.9.1885)

10.- Su alma se reviste de una extraña serenidad: *“En total somos 900 leprosos y, aunque estemos enfermos, la paz y la serenidad parecen reinar en Molokai”* (Idem) Se sitúa entre sus enfermos como uno más y conmueve semejante expresión de solidaridad, que aún es mayor cuando no quiere pedir un milagro que no se da entre sus enfermos. O lo que asombra más, milagro del que se cree indigno, como dice claramente a su obispo: *“Sigo esperando que nuestro Señor, por la intercesión de nuestra buena Madre, haga un milagro. Pero, en fin, ‘no soy digno’”* (16.6.1886) Penetrando en sus sentimientos, nos recuerdan los de San Pablo con su querida comunidad de Filipos (1,20-26): *“Aunque yo preferiría ser llamado a un mundo mejor, le ruego se una a mí para pedir a Dios todopoderoso, por intercesión de nuestra bienaventurada Madre, si no el milagro de una curación completa del que me siento indigno, sí al menos que se detenga el progreso de la creciente enfermedad, para que me permita continuar dedicándome a las necesidades espirituales y corporales de nuestros leprosos de Molokai”* (28.12.86) Más tarde vuelve sobre el mismo sentimiento escribiendo a su bienhechor anglicano de Londres, el pastor Rvdo. H.B. Chapmann: *“Apenas queda un débil rayo de esperanza de que pueda restablecerme, a no ser por un milagro, pero para esto no he querido tentar al Señor, convencido como estoy de que es su santa voluntad que muera de la misma suerte y de la misma enfermedad que mis compañeros de aflicción”* (comienzos de 1889) ¡Damián solidario! Ya un año antes (10.1.1888) dirigiéndose al obispo de Oregón (Indiana, USA), Mons. Gross, había escrito un texto impresionante con este sentido de identificación: *“Hasta el presente la enfermedad no es mas que exterior y continuo estando robusto y capaz de realizar mis ocupaciones. El día que alcanza a verse afectado el interior, llegamos a quedarnos generalmente impotentes. Entonces, envueltos en mantas durante meses y hasta años, nuestra sola espera y nuestra única esperanza no es otra que la liberación de nuestras miserias mediante una muerte feliz”*.

Un compañero que acompañó a las religiosas franciscanas para establecerse en Molokai a mediados de noviembre de 1888, que habrían de cuidar de las chicas en las nuevas construcciones de Kalaupapa, le escribe al superior general: *“En cuanto a su moral, no se hace mala sangre a causa de su enfermedad, está contento, trabaja, cuida de los enfermos, como si él mismo*

no lo estuviera” (1.12.1888). A la primera lucha y esperanza, para él y para los suyos, sucedió un estado de despreocupación por la misma enfermedad, debida quizás, entre otras razones, a la inutilidad de toda su pelea encarnizada para encontrar un remedio contra la lepra. Le escribía a Clifford, su amigo pintor y piadoso anglicano, que dentro de un mes le visitará en Molokai: *“No tengo temor alguno en afirmar públicamente, basándome ahora en lo que desde hace algunos años he experimentado en mi propio cuerpo, que un remedio específico contra la lepra, si existe, permanece hasta hoy secreto y solo nuestro divino Salvador sabe cuándo y dónde lo empleará”* (11.11.1888)

11.-Todo en este proceso, camina en paralelo, oculto y alguna vez visible, el depósito espiritual que era su roca y su refugio. Aparte de sus ya recordadas y concretas “realizaciones espirituales” (pgs. 10-12), fuente de su actividad, y de aquellas sus primeras verdades religiosas que llamamos “heredadas”, siempre en cabeza de modo más firme y permanente, su sentimiento religioso se va manifestando a lo largo de sus textos con variadas expresiones. Dos de estas expresiones llaman poderosamente la atención. Se trata de dos textos de San Pablo que, como en el apóstol, se convierten en un estilo de vida cristiana vista desde la muerte, más lejana o más inminente. Así es como Damián se introduce en la corriente de algún modo mística, acorde con la tradición espiritual de su país, tan original de los lugares del norte de Europa.

El primer texto es el de *“Cupio dissolvi et esse cum Christo”* - deseo morirme y estar con Cristo- (Fil. 1,23). Ya enfermo hacía más de dos años y sin mención exacta del texto paulino, en el texto anterior del 28 diciembre 1886, hace una paráfrasis exacta aplicada a su vida, añadido también el final de la frase de Pablo: *“(y esto es con mucho lo mejor)”*. El “dissolvi” en el original griego tiene el sentido de la imagen del barco que ‘suelta amarras’, para salir a alta mar. Solo podemos indicar los lugares en que se encuentra. La primera vez no lo refiere a sí mismo, lo que sugiere que fuera un texto significativo empleado en las instrucciones de la Misión ante graves dificultades. Al año y medio de entrar en Molokai, escribe así a su hermano: *“Acabo de enterrar a uno de mis mejores cristianos, hijo de un confesor de la fe. También su muerte ha sido realmente edificante; ¡cómo suspiraba por el cielo! Repetía a menudo como San Pablo: “cupio dissolvi et esse cum Christo”. Al ver llegar al Señor, que yo le llevaba como viático, ¡cómo resplandecían su fe y su amor sobre su rostro!”* (8.12.1874) Llamaban, ‘confesores de la fe’, a los primeros cristianos católicos de Honolulu, que desde que llegan los misioneros el 7 de julio de 1827, fueron perseguidos y hasta torturados por los metodistas, pero sobretodo después de la expulsión de los misioneros el 23 de diciembre de 1831.

Su mejor biógrafo, Gavan Daws (*Holy man*, New York, 1973), aporta un texto de la *“Regla Personal”* que el mismo Damián revisó en 1880, añadiéndole una serie de rigurosas amonestaciones dirigidas a sí mismo. Entre ellas se encuentra: *“Que la pasión te lleve a murmurar constantemente estas palabras: ‘Cupio dissolvi et esse cum Christo’, Deseo morir y estar con Cristo. ... recuerda siempre tus votos, por los que estás muerto para las cosas de este mundorecuerda siempre que Dios es inmutable e imítale aceptando con paciencia todas las pruebas”*. Por fin, en carta a un desconocido sacerdote

bienhechor, J.N. Wall, le escribe: *"....Ahora, cada día me siento más enfermo. Encuentro mi alegría y mi paz meditando sobre el "Cupio dossolvi et esse cum Christo"; con estas palabras San Pablo expresa muy claramente el contento de corazón que nuestro Redentor otorga a sus fieles servidores"* (8.10.1888) La enfermedad le va indicando a Damián que el camino se acorta y se estrecha, el Señor esta ya cerca, en realidad faltan tan solo cuatro meses. Toca ya con la mano la razón última de su vida. La asistencia de sus enfermos y las obras que está realizando, van adquiriendo un ritmo frenético, que asombra a visitantes y colaboradores. Su vida le ha convertido en un místico, místico de acción y contemplación, donde los dos amores son solo uno. Al principio lamentaba ser más Marta que María a los pies del Señor; ahora ha encontrado la paz espiritual. Su enfermedad y la de sus compañeros de prisión, aplomaron su inquieto corazón.

Otro texto de San Pablo, querido y significativo para Damián, se encuentra en el breve contexto de la carta a los Colosenses (3,1-4): *"Por tanto, si habéis resucitado con el Mesías, buscad lo de arriba, donde está el Mesías sentado a la derecha de Dios; estad centrados arriba, no en la tierra. Moristeis, repito, y vuestra vida está escondida con el Mesías en Dios; cuando se manifieste el Mesías, que es vuestra vida, con él os manifestaréis también gloriosos"*. Muertos a lo relativo y rudimentario, hay que buscar lo de arriba, de donde viene la vida. Allí está su autor, Cristo, punto de referencia y prototipo, de él parten las líneas de fuerza. El cristiano posee ya la vida definitiva; la salvación ya está concedida; el último acto será su manifestación pública. En los versículos restantes, el apóstol saca las consecuencias diseñando un programa de vida, vicios que rechazar, virtudes que practicar, enumeración exhaustiva como en pocos lugares lo ha expresado de tal modo.

La primera vez que Damián ofrece el texto, lo hace con su obispo: *"Siempre resignado a la santa voluntad de Dios en nuestros sufrimientos, cada vez más agudos, permanezcamos, monseñor, 'muertos en Cristo y nuestras vidas estén escondidas en Dios' (perdonadme)"* (16.6.86) Curiosa manera de terminar la frase, pero que indica claramente que Damián sabe que está dando un serio consejo a su obispo, de serias consecuencias, si se lo toma en serio. Someterse al traslado de la propia vida, renunciando a tantas cosas, para establecerse en el centro que ocupa Jesús, no ha de resultar nada fácil. Es evidente que él ofrece consejo sobre algo de lo que está bien convencido y que forma parte del comportamiento de su vida.

La segunda alusión al texto se encuentra en una carta a su hermano, iniciada con una fecha y continuada una semana después, lo que parece probar lo que dice: *"Por tener tanto que hacer, el tiempo se me hace muy corto; la alegría y el contento del corazón que me prodigan los Sagrados Corazones, hacen que me crea ser el misionero más feliz del mundo. Así el sacrificio de mi salud, que Dios ha querido aceptar haciendo fructificar un poco mi ministerio entre los leprosos, lo encuentro bien ligero e incluso agradable para mí, atreviéndome a decir un poco como San Pablo: 'Estoy muerto y mi vida está escondida con Cristo en Dios'"* (16.11.1887) Al parecer le desborda el trabajo de evangelización y los frutos son abundantes, según el texto. Sus sufrimientos y

enfermedad llegan a ser ligeros y hasta agradables, el corazón desbordante de la alegría que proviene de los Sagrados Corazones. Estamos ante uno de tantos momentos de entusiasmo de que gozó en su ministerio sacerdotal misionero, como miembro de la Misión de su Congregación en Hawaii. Ante la abundancia de frutos de conversión, interpreta que Dios se ha servido aceptar como ofrenda agradable el sacrificio de su salud, se entiende en ofrenda voluntaria

Aquel *"hágase tu voluntad"* de que nos ha hablado, aceptado a beneficio personal porque *"Dios sabe lo que más conviene a mi santificación"* (5.10.1885), parece que llega a convertirse en un Getsemaní redentor de sus compañeros de enfermedad, al haber hecho fructificar su sacrificio de la vida en bien de sus compañeros. Tras ellos parece ampliarse el horizonte, ambos como preludeo de su esperanza de que una vez levantado en el Calvario, atraerá las miradas del mundo: *"nuestro Señor me concederá las gracias necesarias para llevar mi cruz tras él hasta nuestro Gólgota particular de Kalawao"* (25.3.1886). Puede parecer una apreciación subjetiva esta progresiva mutación y ascensión que se hace camino de subida penosa hacia lo que él llama *la cima de mi gólgota*, pero quizás nos acerque a la realidad interna de Damián, tan difícil siempre de encasillar. No se trata solo de esto precisamente, algo bien importante.

Sin duda con los avances rápidos de su enfermedad, parece descubrirse una mayor intensidad progresiva de transición desde sí mismo a sus enfermos. Cada vez más le faltaba tiempo para todo, cm lo hizo notar su ayudante Dutton: *"Dejó un reguero de obras sin acabar"*, comentaba. A la vez, según el Dr. Mouritz descubre en él, como efecto en parte de su enfermedad una *"actitud atónita"* que le mantenía fijos los ojos en el vacío, hasta que 'volvía en sí' y ponía toda su impetuosa maquinaria en acción. La depresión se apoderaba de su alma, hasta 'creerse indigno del cielo', algo que en verdad asombraba a su médico Dr. Mouritz, que en esa ocasión recordaba toda una serie de acciones de las que cada una sola merecería el premio de cielo. Damian vivió alcanzando cada vez más la cercanía e intensidad en paralelo de sus dos caminos, camino hacia Dios y camino para sus enfermos, alcanzando la cima en el encuentro con todos y con el mismo Dios.

Recogemos simplemente sus últimos textos. A su hermano y familia les escribe: *"Os ruego que recéis y hagáis rezar por mí, que voy arrastrándome despacio hacia mi tumba. Quiera Dios fortalecerme y concederme la gracia de la perseverancia y de una buena muerte"* (12.2.1889) ¡Algo inaudito en el estado en que ya se encuentra! Una posdata a E. Clifford: *"Mi afecto y mis mejores deseos al buen amigo Eduardo. Intento subir despacio mi camino de la cruz y espero encontrarme pronto en la cima de mi Gólgota"* (21.2.1889) En esos mismos días, sujeto a su lecho por la enfermedad, manda escribir un papelito al Dr. Swift, médico de la leprosería: *"Joho Puhuna arroja sangre desde ayer por la mañana. Tenga la bondad de encontrar un momento para ir a verlo a la segunda casa, detrás de la de Jack Lewis y haga este favor a su amigo.... En la misma casa encontrará a la mujer moribunda de la que le hablé ayer tarde"*. Cuando él ya no puede moverse, se convierte en su salvador

como intercesor. Por fin de nuevo a Clifford, en la última carta que dictó, apuntando ya a Dios: *“Mi estado es bastante miserable. Me esfuerzo lo mejor que puedo por llevar, sin quejarme demasiado y de manera útil para la santificación de mi alma, las miserias previstas hace tanto tiempo de la enfermedad, que es, después de todo, un agente del que se sirve la Providencia para despegar el corazón de todo afecto terreno y animar al mismo tiempo el deseo del alma cristiana por estar unida, cuanto antes mejor, a Aquel que es su única vida”* (28.2.1889) . Es un precioso texto en que afirma cómo entiende el verdadero significado de su recordada máxima favorita: *“Moristéis y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”*. (Col. 3,3). Esta es, en Damián, la progresiva ascensión de su vida espiritual, peregrino de este camino que alcanza a Dios, trepando como lo hizo con sus altas montañas de Hawai para encontrarle en sus cristianos dispersos y en sus enfermos. En el caso extremo de una comunidad alejada, debía traspasar seis cumbres continuadas para poder llegar a ella. Cuando lo contaba, con una satisfacción orgullosa y sonriente, nos recuerda la Subida al Monte de la perfección de San Juan de la Cruz, donde ya no hay camino trazado, porque todo es ya solo Camino de Amor.

F I N

INDICE: las características de este artículo no hacen viable un índice, a nuestro parecer. Se ha trazado el desarrollo, sobretodo espiritual, que acompaña al del de su vida. Se entremezclan continuamente y en cualquier momento surgen de su interior las variadas facetas de su amor a Dios y a sus fieles y enfermos. Sus sentimientos más profundos se entremezclan. Habrán visto al correr de su lectura que todo ello es como un manantial que brota de agua fresca. Aparece por sí solo, sin que tenga que hacer esfuerzo alguno. El amor a Dios, a Jesucristo sacerdote y crucificado, a su santa Madre la Virgen, están siempre presentes. Firme es su confianza en la divina Providencia. Su enfermedad, su soledad sentida de sus hermanos religiosos, su ansiedad por el perdón de Dios a través de Sacramento del perdón, su acercarse al Cristo eucarístico, Pan de Vida y Compañero que no abandona nunca, sus enfermos tras los cuales corre para darles el ultimo consuelo de morir entre los brazos de Dios, todo esto es lo que singulariza su vida y cuál es el “Índice” que la señala. Se puede hallar en cualquier página, porque Damián solo fue alguien que amó, que les amó como a sí mismo, “nosotros, leprosos”.